

Saliva de mandarina

Agustín Molina Arévalo

por fin a Camila Peña

I

156

Hay huellas que quedan en el aire de intentos por atrapar a la mandarina. La rozan distintas maneras, todos los dedos cuentan como persuasión de quien no llega a moverla significativamente. La mandarina se resiste a caer a tu boca. Caer desde el árbol es caer a tu boca. Las otras versiones de la búsqueda de la mandarina perfecta terminaron por anaranjar los picos de los cuervos. Al límite del medio día, el nudo de mariposa era la idea de un hilo que reprograma los gestos de las hormigas como si se trataran de sus títeres. Sobre ese mundo, la mandarina solo era la sombra de un planeta. Un planeta que rebota a sí mismo cuando galopa sobre el suelo.

II

La búsqueda de la cosecha perfecta consiste en asegurarnos que la piel de la mandarina sea mitad aire, mitad carne. Dentro de ese espacio compartido, la mandarina se palpa a sí misma, únicamente a sí misma. Se palpa de respuestas sabiendo que no es otro su fin, sino tratar de ser consumida. Se va hacia adentro más devorada, hacia los ojos de atrás que sin lágrimas son pensamiento. Nadie le ha encajado un diente todavía. Si hay más aire, la carne se seca y la carne de las lágrimas no sobrevivirá al verano, aunque su cáscara humecta el tacto y junto con velas son buenas para espantar tarántulas. Si lo de adentro es más carne y el espacio que deja a la mandarina palpase no existe, es probable que ella

abra los ojos mientras la pelas. Entre desmayada y adormecida es cuando más huele su piel rejuntada en gajos, sus líneas, caminos de fibrillas blancas que, agrietadas, lucen como labios secos de niños sufriendo hipotermia.

III

Anaranjar, lo que al cielo parece robarle la muerte en una mordida muda hecha por dientes desiguales. Tu cuerpo, me atrevo a proferir, acto y no estalactita, descomunal instante de la naturaleza y no pescadito en un balde de oro. Anaranjar, como ya insinué, tratar a cada elemento como un escritor volátil que llegó sin intención de palabra a aceptar esta mordida: ese hueco después tiene el mismo valor disponible que otorga la oportunidad del vacío. Tiene el mismo valor que posee la veracidad ácida de la saliva cuando es tu boca donde un día es coágulo. Cuando es tu boca, de donde lo delicado esencial es torpeza honesta hacia la vida. Vengo de a poco registrando los hechos previos a la captura de la mandarina, y ahí la saliva reduciéndose en latidos puede significar que esta historia todavía se desconoce por cierto pudor a caer en narrativa. Dije que tu cuerpo, pero en realidad era tu árbol, era caer en el interior perforado del tronco hacia una raíz espumosa, era el contagio mudo lo que al cielo parece robarle la muerte, era légamo lo espeso al llegar al descenso.

157

IV

Solo observar la oscilación difuminada del fruto, una caricia del arbol, trampa entrometida entre las uñas de las ramas, un caballo del diablo sediento se retuerce entre las hojas para ocultarse de la nariz del sol y de las 40 pisadas que le otorgan finalmente la muerte. Sólo observar la edad plena del jardín, jamás transparente, a tus ojos que de sangre saben de cosas que no vemos: el átomo sobre 5 minutos intercambian-

do piel, pelándose apenas. Tantas cosas que vemos sin dejar de ver y esa libretita oliva donde apunto un nido de palabras para un idioma que asciende hojas, que delata lo que resuena en un día gris donde el sol es una pelota cabeceada por mirlos naranjas. Desacomodan con violencia al sol.

Jugar con las velas y llenar
la cáscara de la mandarina
con cera.

Cosas que te divertirían: soñar en una función de teatro donde las frutas son de yeso. Los árboles, el césped y las nubes, son un papel adherido con goma y dios es una máquina de vapor que baila sobre un campo de girasoles tratados para alérgicos, aquellos que jamás desprenden polen.

158

Agustín Molina Arévalo (Cuenca, 1994). Ha publicado dentro del género de poesía en algunas antologías nacionales: *90 Revoluciones* (Mecánica Giratoria, 2015); *Salud a la esponja*, octava edición (Universidad de Cuenca, 2017) y en revistas digitales como *Liberoamérica* (2019). Como gestor cultural formó el colectivo El Aullido, que se enfocaba en la producción de la revista cultural *Sutano y Mengano* (Casa de la Cultura, 2016). Publicó el cuento “Memorias Parroquiales Rurales” (Municipio de Cuenca, 2017) y su traducción al inglés por Tom Larsen, “Parish Memories” (2019). Ha colaborado en curadurías de los artistas pictóricos Gabriel Zamora y Juan Carlos García. Permanece, además, en el rol de la gestión cultural de manera continua con diversos proyectos editoriales y actualmente trabaja en la Biblioteca Municipal Daniel Córdova Toral.